



LA HISTORIA DE GRETA

**¡NO ERES DEMASIADO
PEQUEÑO PARA HACER
COSAS GRANDES!**

LA BIOGRAFÍA NO OFICIAL DE GRETA THUNBERG

DESTINO

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Introducción	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
El calentamiento global explicado a los niños	
¿Qué podemos hacer nosotros	
Glosario	
Cronología	
Fuentes	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Fue una mañana de agosto en Estocolmo que Greta Thunberg decidió que no podía ignorar más la situación del planeta: ¡el cambio climático era muy preocupante y todos actuaban como si no fuera su problema! Desde ese día nada volvió a ser igual.

Greta empezó a hacer huelga todos los viernes para llamar la atención de las autoridades sobre el cambio climático. Hoy ha inspirado todo un movimiento que ha salido a la calle para pedir medidas medioambientales urgentes. ¿Te unes?

LA HISTORIA DE GRETA

¡NO ERES DEMASIADO
PEQUEÑO PARA HACER
COSAS GRANDES!

LA BIOGRAFÍA NO OFICIAL DE GRETA
THUNBERG

DESTINO



GRETA THUNBERG tenía quince años y una idea: había que cambiar las cosas para proteger el medio ambiente. En pocos meses consiguió implicar a millones de personas en su causa y hacer que todos, tanto gente corriente como poderosa, se interesaran en la salud de nuestro planeta.

Con su valor y su determinación, Greta demostró que realmente todos podemos hacer cosas concretas para afrontar hasta los problemas más difíciles. O, como ella misma dice: «No eres demasiado pequeño para hacer cosas grandes».



1

Fue una mañana de agosto, en Estocolmo, cuando Greta Tunberg decidió que no podía seguir pasando por alto la situación del planeta: el cambio climático era cada vez más preocupante, pero nadie parecía tomarse en serio el problema.

En los parlamentos de países de todo el mundo, cientos de políticos se sentaban con expresión muy seria para discutir sobre infinitas cuestiones, sin mencionar nunca la salud de la Tierra. Había llegado el momento de que alguien les recordase lo urgente que era intervenir para proteger el medio ambiente —y, con él, el futuro de los jóvenes— antes de que fuera demasiado tarde. Todo lo demás podía esperar.

Así pues, aquel día Greta se recogió el largo pelo en dos trenzas, se puso una blusa de cuadros y una chaqueta de chándal azul, y salió de la casa donde vivía con sus padres con un cartel de madera bajo el brazo. En él había escrito a mano «skolstrejk för klimatet» («Huelga escolar por el clima»). También había preparado unos folletos para repartir, con datos muy importantes sobre el cambio climático que, en su opinión, todos deberían conocer.

Greta tenía quince años y, como cualquier otro joven sueco de su edad, aquel día tendría que haber ido a clase. En Suecia, el año escolar empieza en agosto. Pero ella cogió su bicicleta y pedaleó hasta el Parlamento, situado en uno de los barrios más céntricos de la ciudad.

El Parlamento sueco se encuentra en un hermoso palacio de aspecto serio, grande e imponente, que ocupa una pequeña isla en el centro de la ciudad con un nombre un

poco difícil: Helgeandsholmen. No es nada raro que esté en una isla, porque Estocolmo es una ciudad construida sobre islas, algunas minúsculas y otras tan grandes que puedes pasearte por ellas pensando que estás en tierra firme.

El Riksdag, como lo llaman los suecos, es el lugar donde se sientan los parlamentarios elegidos por el pueblo para hablar de los problemas del país y promulgar las leyes necesarias para examinarlos y resolverlos. Los que verdaderamente podían tomar medidas eran ellos, los parlamentarios. Si no se habían dado cuenta de lo urgente que era detener el calentamiento global, Greta se lo iba a recordar.

Naturalmente, con cada una de nuestras acciones diarias, todos podemos comprometernos a reducir la contaminación y el despilfarro para disminuir al máximo nuestro impacto en la salud del planeta. Pero eso no es suficiente. No basta con la buena voluntad de los individuos. Ante una cuestión tan complicada, era necesario cambiar las reglas y pensar nuevas leyes para proteger el medio ambiente. Y eso solo podían hacerlo los hombres y las mujeres del Parlamento. Así que aquella mañana Greta se dirigió precisamente allí.

Aquel día, el 20 agosto de 2018, Greta comenzó su huelga escolar.

Así explicó sus razones: «Los niños no hacen lo que se les dice, sino que siguen el ejemplo». Y, puesto que los adultos no tomaban cartas en el asunto, ella iba a hacer lo mismo que ellos: no ir a clase. Estaba en huelga, como hacen muchas veces «los mayores» cuando protestan por lo que les interesa: en lugar de ir al trabajo, se juntan en la calles y plazas, llevando carteles y pancartas. La diferencia era que Greta se manifestaba sola por el bien de todos.

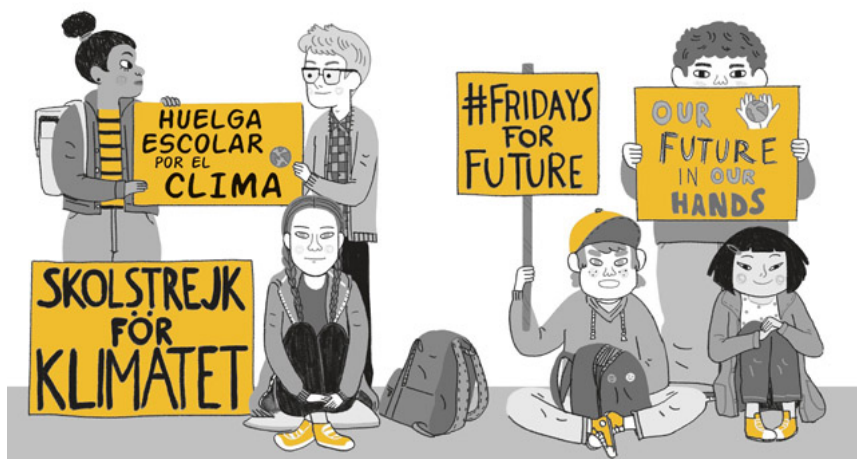
Los transeúntes miraban llenos de curiosidad a la chica del cartel, preguntándose quién sería y qué estaría haciendo. Se quedó allí sentada todas las horas que tendría que haber pasado en clase, desde las 8:30 de la mañana hasta

las 3 de la tarde. El primer día estuvo todo el tiempo sola, y ningún parlamentario le hizo demasiado caso. Pero Greta no se desanimó.

A la mañana siguiente se levantó temprano, se vistió, cogió la bicicleta y volvió a sentarse delante del Parlamento, llevando consigo de nuevo el cartel. La huelga continuaba.

Sin embargo, durante aquel segundo día de protesta, sucedió algo maravilloso: algunos transeúntes, en lugar de lanzarle una mirada intrigada y seguir andando, decidieron acercarse a ella. Greta ya no estaba sola, a su lado había más chicos y chicas.

Al tercer día se formó un buen grupo de personas sentadas en el suelo. La mayoría eran jóvenes, pero también había una mamá con un bebé en un carrito, una señora de pelo blanco, un estudiante que se había traído un libro para leer. Los manifestantes charlaban unos con otros. Aquellos últimos días del verano sueco, el tiempo aún era soleado.



Al sexto día de huelga, Greta comenzó a proponerles a todos que hablaran de la protesta también en las redes sociales, que compartieran fotos e información. Así, la gente que no pudiera unirse a los manifestantes tendría la posibi-

lidad de demostrar su apoyo con un mensaje, un «me gusta» o simplemente compartiendo información. La noticia de lo que estaba sucediendo se difundió. Naturalmente, ella también cumplía con su parte: todos los días colgaba una foto de la *skolstrejk*, la huelga escolar, en su diario de Instagram. Amigos, compañeros de clase y conocidos comenzaron a interesarse: ¿a qué hora estarás allí?, ¿podemos venir nosotros también? Para Greta, todos eran bienvenidos.

Cada vez más personas se sentaban a su lado delante del Parlamento, en huelga, decidiendo llegar más tarde al trabajo o a la escuela, saltarse el desayuno en la cafetería o no hacer la compra. Día tras día, alrededor de Greta crecía el grupo de ciudadanos dispuestos a seguir su ejemplo y escuchar sus palabras, convencidos de que tenía toda la razón. Había que intervenir para salvar nuestro planeta, lo más pronto posible y sin excusas.

Los parlamentarios pasaban delante de Greta para dirigirse a sus despachos en el Riksdag. La mayoría de ellos no le prestaban atención, pero alguno se paraba para felicitarla y decirle que estaba haciendo un excelente trabajo.

Toda la ciudad empezó a contar la historia de Greta, la quinceañera de las trenzas. Llegaron los primeros periodistas, curiosos y otras personas que deseaban demostrar su solidaridad. Venían madres con sus pequeños, abuelos y muchísimos jóvenes. Alguno llevaba a Greta alguna cosa para comer y beber.

Al cabo de nueve días la protesta seguía adelante, pero las autoridades obligaron a los manifestantes a trasladarse a Mynttorget, una bonita plaza situada en la isla de Gamla Stan, en el centro histórico de la ciudad. No estaba lejos del Parlamento, así que no les importó. Greta quería manifestarse, no violar la ley.

Mientras tanto, el mundo sentía cada vez más curiosidad por lo que estaba ocurriendo en Estocolmo, y un importante periódico inglés, *Te Guardian*, decidió contar la historia de Greta. El histórico diario, en su edición en línea,

dedicó todo un artículo a la *skolstrejk för klimatet*. El titular decía: «*Te Swedish 15-year-old who's cutting class to fight the climate crisis*» («La quinceañera sueca que hace novillos para combatir la crisis del clima»).

Un gran número de gente se enteró por los periódicos de la huelga por el clima, y les pareció buena idea. Muchos suecos que vivían en otras ciudades, grandes y pequeñas, de punta a punta del país, escucharon el llamamiento de Greta y organizaron la misma protesta.

En Linköping, un ciudad del sur del país, un grupo de personas se reunió junto a una fuente del centro con un cartel idéntico al de Greta. Desde Roma llegó la foto de una bicicleta; un cartel, apoyado en los pedales, decía: «*grazie, greta! anche noi siamo con te*» («¡Gracias, Greta! Nosotros también estamos contigo»).

Desde aquella mañana de agosto en la que salió de casa por primera vez en dirección al Parlamento, Greta tenía en la cabeza un objetivo claro: hacer huelga hasta el 7 de septiembre, el día en el que debían celebrarse las elecciones y los ciudadanos suecos saldrían a votar a sus representantes, los hombres y las mujeres que se sentarían en el Parlamento.

Al ver que mucha gente apoyaba su iniciativa, le pareció buena idea hacer saber al máximo de personas posible que había una huelga por el clima. Se repartieron folletos para invitar a todo el mundo a participar en el último día de protestas. En ellos se anunciaba:

¡HUELGA POR EL CLIMA!

¿DÓNDE? ¡EN MYN-
TTORGET!
¡EL VIERNES 7 DE
SEPTIEMBRE!
DE 8:00 A 15:00
TRÁETE ALGO DE
COMER,
DE BEBER Y UNA ES-
TERILLA
PARA SENTARTE.

El 6 de septiembre, el verano se había acabado y el cielo gris parecía anunciar lluvia. Greta se puso su impermeable amarillo y, en Instagram, escribió al mundo que el suyo era un grito de auxilio. Lo que pedía era razonable: un futuro en el planeta Tierra. Todos estaban convocados a participar.

Y al día siguiente, el 7 de septiembre, decenas de personas respondieron al llamamiento. Por fin había periodistas, políticos y ciudadanos de Suecia (y de otros países) que se interesaban en este asunto.

Entre otras cosas, Greta recordó a la gente allí reunida que los gases de efecto invernadero debían restringirse a toda costa para evitar que el calentamiento global hiciera imposible la vida en el planeta. Entonces, ¿por qué los políticos candidatos en las elecciones no habían dado máxima

prioridad a la solución del problema? ¿Por qué durante las semanas anteriores se había pasado por alto el tema del medio ambiente?

En su perfil de Instagram, Greta difundió un gráfico que indicaba cuánto habría que reducir las emisiones de los peligrosos gases de efecto invernadero para evitar que el calentamiento fuera irreversible.



¿Qué pensaban hacer los políticos al respecto?

Gracias a la *skolstrejk för klimatet*, las peticiones de Greta llegaron a oídos de los parlamentarios suecos. Ahora solo faltaba esperar su respuesta.

Pero la huelga de Estocolmo fue solo el principio...